

LA JARRA DE MIEL

4º-5º

Había una vez en la Isla de Creta, un principito que jugaba a la pelota en el gran palacio de su padre, el Rey. El palacio era tan grande y tenía tantos aposentos, torres, escaleras, sótanos y pasillos llenos de vueltas, que a veces lo llamaban el Laberinto. De modo que no era extraño que cuando el principito perdía la pelota en una escalera oscura y retorcida, y la seguía hasta los sótanos, se perdiera él también. Pero lo extraño fue que cuando se advertía su ausencia y todos los guardias y servidores del palacio iban a buscarlo, ninguno pudiera encontrarlo.

Entonces un buen día el rey pidió la ayuda y el consejo de sus sabios más afamados, quienes después de celebrar consulta le dijeron:

-“¡Oh, Rey!, Seguimos sin poder decirnos adónde ha ido el príncipe. Pero tenemos para vos la siguiente información: "Hoy ha nacido en vuestra tierra una criatura extraña y mágica; y el hombre que pueda decirnos a qué se parece, ese es quien puede encontrar al príncipe y devolvérselo".

-“Ninguno de nosotros es capaz de resolver este acertijo; pero tal vez en la ciudad haya algún adivino que pueda hacerlo”.

De inmediato el rey envió a sus heraldos por toda Creta, ofreciendo una gran recompensa a quien pudiera decir qué significaba esa extraña profecía. Nadie pudo hacerlo durante mucho tiempo, hasta que se presentó ante el rey un sabio de Grecia llamado Poliduo, el mismo que había indicado a Belerofonte el medio de encontrar al Caballo Alado.

-“Señor Rey” -dijo Poliduo- “Vuestro acertijo es fácil de resolver. Hace poco que nació en tu reino un becerro que cambia de color durante el día. Por la mañana es blanco, rojo al mediodía y negro por la noche. Se parece más que nada a la morera: primero la ves blanca, después roja cuando las moras se forman y maduran y, finalmente, negra, cuando las frutas están demasiado maduras y a punto de caer”.

Entonces el rey consultó una vez más con los sabios, y todos estuvieron de acuerdo en afirmar que la extraña criatura era un becerro maravilloso y que nada se parecía tanto a él como la morera.

-“Hasta aquí habéis estado acertado” -dijo el rey a Poliduo- “pero ahora tenéis que encontrar al príncipe, pues el hombre que pudo resolver el acertijo del becerro es el único capaz de hacerlo”.

Poliduo no pareció muy seguro de eso, pero no había manera de evitarlo. De modo que subió al techo del palacio para ver si los pájaros podían ayudarlo, pues eran sus amigos y a veces lo guiaban con señales, aunque no podía comprender su lenguaje. Mientras estaba allí,

tratando de llamar a los pájaros con la fuerza de su mente, vio que se acercaba una gran águila volando lenta y pesadamente hasta la costa, para posarse en una torre del palacio.

-“Ah” -dijo Poliduo- *“seguramente esto significa que el chico está en tierra firme. Si el águila hubiera volado alejándose de la tierra, querría decirme:*

“Lo que buscas en el mar está muerto”.

Pero, puesto que abandona refugio y el lugar donde encuentra su alimento y viene hasta la tierra, me quiere revelar:

“Lo que buscas no está en el mar”.

“Ahora debo registrar el palacio y ver si algún otro pájaro quiere ayudarme”.

Poliduo bajó al palacio y lo recorrió cierto tiempo. Pronto encontró una lechuza posada sobre la entrada de una bodega; y cuando la lechuza lo vio, echó a volar delante de él hasta la bodega misma. Poliduo la siguió, y la encontró posada en el borde de una gran jarra, agitando las alas para alejar a las abejas.

En Creta, las jarras eran grandes como barriles y a veces más altas que un hombre y ésta era una de las más grandes y estaba llena hasta el borde de miel líquida.

En lo alto de la miel flotaba una pelota y entonces Poliduo comprendió lo que había ocurrido. El principito había seguido a su pelota hasta la bodega; el juguete había rebotado y caído en la jarra, el niño había subido a buscarla y había caído dentro, ahogándose en la miel.

Poliduo fue a contar la triste noticia al rey. Sacaron el cuerpo del principito de la miel y lo colocaron en la tumba real, una bóveda cavada en la roca y ricamente decorada con oro.

-“Ahora” -dijo el rey- *“has encontrado el cuerpo de mi hijo que estaba perdido, pero además debes encontrar su alma, que también está perdida, y devolvérmela”.*

“¡Pero eso es imposible!” -exclamó Poliduo indignado- “Y es ridículo esperar que un ser humano haga tal cosa”.

“Imposible o no”- respondió el rey con firmeza- “debes hacerlo o morir. ¡Guardias, llevad al sabio Poliduo a la tumba con mi hijo, y encerradlo allí, con la gran losa de piedra que cierra la entrada. Pero mantened una guardia fuera para dejar a los dos en libertad cuando mi hijo recobre la vida”.

Cuando Poliduo fue conducido a la tumba subterránea, colocaron la losa en la entrada. El sabio se sentó junto al cuerpo inerte y se dejó llevar por la desesperación.

Hora tras hora quedó sentado sin moverse hasta que por fin oyó un sonido extraño, como de algo que se arrastra. Al levantar la mirada, advirtió que sus ojos se habían habituado a la penumbra y vio que algo se movía lentamente en el suelo hacia el cuerpo del príncipe.

Poliduo siguió observando, y al poco rato comprendió que se trataba de una víbora que se arrastraba por la piedra hacia el lecho de oro donde reposaba el cuerpo.

Aunque Poliduo sabía que no tenía salvación, y que era muy posible que muriera lentamente de hambre en esa tumba, la visión de la víbora lo llenó aun más de temor. De

modo que tomó una piedra y la arrojó al animal con tan buena puntería que un momento después la víbora yacía muerta en el suelo.

Poliduo volvió a sentarse, y otra vez pasó el tiempo en el silencio pavoroso y sin esperanzas. Hasta que de pronto volvió a oírse el mismo ruido de algo que se arrastraba, y apareció otra víbora culebreando lentamente desde el extremo más alejado de la tumba.

Poliduo extendió la mano para tomar otra piedra, pero se contuvo.

-“¡No!” -pensó-, *“mejor morir rápidamente por la picadura de una víbora que demorarse días enteros hasta morir de hambre”*.

De modo que se quedó inmóvil, aguardando lo que iba a ocurrir. Sin embargo, la segunda víbora no le prestó la menor atención, sino que se acercó directamente al cuerpo de su compañera. Cuando vio que estaba muerta, se volvió y se alejó con rapidez, pero regresó al poco rato con la boca llena de una extraña hierba. La puso en la cara de la víbora muerta y pareció aguardar.

Lentamente volvió la vida al cuerpo de la serpiente muerta: primero movió la cola, después el cuerpo y por fin se volvió, sacudió la cabeza para quitarse la hierba, y se perdió en la oscuridad serpenteando con su compañera, tan viva como la primera vez que la vio Poliduo.

Asombrado ante lo que había visto, Poliduo tomó la hierba mágica que había dejado la víbora, y la puso en el rostro del príncipe muerto. Después aguardó ansiosamente para ver qué sucedía y el príncipe comenzó a respirar suavemente, y despertó como si hubiera estado dormido.

Leno de alegría y de alivio, Poliduo empezó a gritar a los guardias para que lo dejaran salir de la tumba. Al principio no le prestaron atención, creyendo que Poliduo sólo les pedía clemencia.

-“¡Grita tú también!” -exclamó Poliduo.

Y el principito añadió su vocecita aguda a la grave de su compañero, hasta que los guardias enviaron un mensajero al rey, quien de inmediato acudió a la tumba.

-“¡Sí!” -dijo éste-. *“¡Reconozco la voz de mi hijo!. Este es en verdad el hombre más sabio del mundo. Quitad la losa y dejadlos salir”*.

Todos se regocijaron cuando el principito recobró la vida, y el rey cubrió de regalos a Poliduo para recompensarlo, y mucha gente de Creta también le trajo presentes.

-“Os agradezco a todos” -dijo Poliduo-, *“pero hay algo que deseo más que todos los tesoros, y es regresar a mi hogar en Grecia”*.

Sin embargo, el rey no se lo permitió.

-“No podemos permitir que tanta sabiduría se vaya de nuestra isla” -dijo-. *Pero si enseñas todo lo que sabes al príncipe, que ya te debe tanto, entonces te enviaré a tu patria en un buque cargado de tesoros”*.

Aunque no quería hacerlo, Poliduo vio que no había otro remedio para lograr lo que quería. De modo que se puso a trabajar y enseñó al príncipe todo lo que sabía y cómo predecir el futuro descifrando el significado del vuelo de los pájaros.

Al cabo del tiempo, el príncipe fue tan sabio como su maestro y cuando lo demostró, el rey ordenó que alistaran un gran buque y lo cargaran de tesoros. El mismo rey fue al puerto a despedir a Poliduo.

El viento soplabla con fuerza hacia Grecia cuando se pronunciaron las últimas palabras de despedida. El rey y sus acompañantes ya habían bajado del buque cuando Poliduo se volvió para decir adiós al príncipe:

-“Señor” -dijo de pronto-, “hay algo mágico que no te he enseñado. Puedo mostrártelo, si haces exactamente lo que te digo: bésame, y al hacerlo, escupe en mi boca. Después cierra la tuya, ve a la costa y no digas una palabra a nadie hasta que mi buque se pierda de vista”.

El príncipe hizo lo que su sabio le indicó y el buque se alejó conduciendo a Poliduo y su tesoro por las olas danzarinas hasta Grecia, donde pasó una vejez feliz en aquella hermosa tierra.

Pero cuando el buque desapareció y el príncipe abrió la boca para explicar su extraño silencio, descubrió cuál era la última magia... ¡Había olvidado todo lo que le había enseñado Poliduo!

Aportación del Colegio Waldorf Lima